

rizar al mundo, alegrar pícaros, aumentar ladrones y asustar propietarios hasta la más remota generación! ¡Oh, tú, sabio escritor, quien quiera que seas, á quien ha de tocar la gloria de ser mi cronista, ruégote que no te olvides del jumento escudero mío, que es digno por su desinteresado genio de una eterna remembranza! Y tú, venturoso Pitacio, no te quejarás del olvido de este tu señor, porque si no te señalo salario conocido, por no hallar esta costumbre en ninguno de los libros que he consultado, sí te dejo manos libres ahora que tienes las dos, para que las metas hasta el codo en cuanto se te ponga delante; y cuando menos lo pienses, si la suerte me ha soplado bien, te hallarás premiado con el gobierno de un departamento ó con otra cosa equivalente, y quedarás con título y señoría, amén de buenas talegas que sepas reunir, para comprar después la hacienda de Tecacho y Bellas Fuentes, que magüer que cerril, sabes perfectamente cuánto importa ser hacendado.

— Ya verá su merced, señor Don Quijote, si cuando sea dueño de ese desgobernado gobierno puedo dar lecciones al mismo Lincurbo.

— Licurgo querrás decir, majadero.

— Lo mismo da, señor mío.

.....  
Puestos amo y escudero en la punta de un recuesto, y viendo el caballero que por el camino que iban, venía

hacia ellos una grande y espesa polvareda, se volvió á Pitacio y le dijo:

— ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta? Pues toda es causada, mi buen Pitacio, por el invencible ejército de la coalición.

— A esa cuenta, dos deben ser, respondió Pitacio, porque de esta parte contraria se levanta otra polvareda semejante.

Y así era la verdad, porque eran dos ejércitos que iban á embestirse. Tanto era el entusiasmo del caballero de la Garra como el de su escudero; mas éste, que había salido poco de su rancho, rogó á su señor le dijera quiénes componían ambos ejércitos, á lo que aquél condescendió y dijo:

— Ese que ves al frente de todos, caballero sobre un corpulento cíbolo, con el rostro algo pintarrajeado, que parece que aúlla cuando habla, es el valiente Fanfarrón Vidaurri, que desde las más remotas fronteras viene á vengar sus agravios, por no haberle dado en casamiento la apetitosa curul. El traer la cara con rayas de color indica su claro origen: ostenta un escudo de águilas americanas, y en el centro una estrella polar con este lema: *Ella me dirige*. A su derecha camina majestuoso el afamado equilibrista Don Calabazate Dorado, señor de la rica Galicia, que tanto en el tiempo de Su Alteza como en el de su *bajeza*, supo bailar en la cuerda, sin caer: sus armas son

tornasoladas, y su escudo de gala representa un sol medio descubierto, con este lema: *Al sol que nace*. A la izquierda se ve un corpulento personaje, medio doblado por el peso del oro que trae en los bolsillos: es el señor de Fuentes de Plata, quien tanto sirve para ayudar á un golpe de Estado, como para deshacerlo luego; quien tanto se alza en pro de los fueros, como ayuda á destrozarnos. Sus armas son obscuras, lo mismo que sus entrañas, y el escudo que luce tiene una orla de mazorcas, y en el centro una finca rústica de mucha extensión, llamada *Tupátaro*, con este mote: *Con ella seré cristiano, sin ella seré turco*. Y de esta manera fué nombrando otra multitud de campeones de aquel lucido escuadrón, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes, como que á todos los conocía por sus pelos y señales.

Repentinamente, y tal vez por vía de encantamiento, se oyó á un tiempo el estampido de muchos cañones que dispararon del ejército contrario, y amo y escudero, valientes por demás, se lanzaron en la general refriega, para recoger y compartir los laureles de la gloria; pero fué el caso, que no sabiendo ni uno ni otro gobernar muy bien sus corceles, éstos emprendieron la carrera con tal ímpetu, que antes que el fuego cesara, Don Quijote cataba sus heridas en la capital de Jalisco, y Pitacio contaba sus gloriosos hechos de armas al calor de la lumbre do se confeccionaban las sabrosas tortillas.

Llevando Juárez adelante las burlas que había determinado hacer al mundo, aquella misma tarde dispuso que Pitacio con mucho acompañamiento marchara al lugar que había de ser para él la Insula Barataria, quizá por lo barato en que la adquiriría. Diósele por ayo, director y mayordomo, á un tuerto de voz flauteada, bellaco por extremo y con barbas de chivo por añadidura.

Digo, pues, que así como Pitacio vió al tal mayordomo, se le figuró en su rostro el mismo de un antiguo secretario íntimo del destronado Gobernador de Guanajuato, cuyo papel había desempeñado *honrosamente*, y así lo comunicó á su señor, que convino en ello.

Salió Pitacio acompañado de mucha gente, vestido á lo elegante, aunque mucho le estorbaban sus movimientos los pantalones verdes que le habían puesto, el chaleco amarillo y la corbata encarnada con una sortija de plata. Detrás de él, caminaba con su lentejuelado zagalejo y su rebozo de bolita su muy cara mitad, que iba á compartir las dulzuras del gobierno, con un zapato en el pie y el otro en la siniestra mano.

Al despedirse de Juárez le besó la mano, y recibió de rodillas la bendición de su señor, que se la dió con lágrimas, y Pitacio la recibió con pucheritos; pero uno y otro se prometieron la mejor armonía en el reparto de los productos del gobierno, y uno y otro se juraron no dejar á los desdichados vasallos de aquel antiguo carretero elevado

al rango de gobernador, ni un alfiler por lo menos, siempre que éste valiera alguna cosa. Llegado que fué á las puertas de su capital, le salieron á recibir sus muy amados vasallos, armados de ganzúas y de hachas, de barras y de cuchillos, de barajas y botellas, y luego se le llevó entre vivas y algazara al palacio del gobierno, donde con ridículas ceremonias le entregaron las llaves de la ciudad, y le dió el mayordomo á reconocer por señor de vidas y haciendas, no teniendo poder para dar aquéllas, pero sí para recoger éstas. Hízosele saber que para calificar el talento de cada gobernador había la antigua costumbre de que al tomar posesión se le hicieran algunas preguntas que debía resolver incontinenti para alegrarse ó entristecerse con su llegada.

— Pase adelante con sus preguntas, respondió Pitacio, que yo las responderé lo mejor que pudiere, ora se alegre, ora se entristezca el pueblo.

Pues la cuestión es la siguiente:

Disputaban un ladrón  
Y un pobre desvalijado,  
Sobre si un potro robado  
Era del diestro campeón  
Ó del que lo había comprado.

Era el alegato igual:  
Cada uno daba razones

Y señas del animal.

Se pregunta al general:

¿De quién es?

— ¡Es mío, bribones!

dijo Pitacio temblando de cólera. ¡Valiente dificultad por cierto! como si no entendiésemos aquí de versos y de derechos: al diablo vayan todos aquellos que pusieren en duda todo lo que la federación me ha dado. Siga preguntando, señor mayordomo, que no quiero quebrantar usos, siempre que traigan provecho.

Preguntóle en seguida:

Hay un préstamo forzoso  
A los vecinos impuesto,  
Y hay un causante moroso  
Que á todo pone pretexto.  
Tiene casa, tiene hacienda,  
Y todo se le ha embargado:  
¿Qué hacer?

— Que todo se venda

Y venga á mí lo cobrado,

respondió Pitacio sin vacilar y sin rascarse la cabeza, como lo hacen los de su ralea. Todos los presentes admiraron el talento del nuevo gobernador, y presagiaron

para aquella venturosa Provincia una era de pillaje y de robo; todos vieron que el desarrollo de la única mano que Pitacio tenía, era progresivo, contundente, exorbitante; todos salieron de allí escudriñando lo que más les convendría apropiarse bajo las comunistas leyes y ordenanzas de Pitacio.

Obsequiado así el ceremonial, cuenta la historia que llevaron al nuevo gobernador á un suntuoso palacio, donde en una sala estaba puesta una delicadísima mesa, y así como Pitacio entró en la sala, sonaron unas delicadísimas chirimías y guitarrones de Paracho, saliendo Ten, Zincúnegui, Maciel, Porfirio, Ghilardi y otros patrioteros á darle agua para la mano, que aquél recibió con mucha gravedad, enjugándose después en su no limpio paliacate.

— ¡Viva el señor Gobernador, luz, farol, norte y guía de cuantos visten

Anchos coletos y calzones anchos!

exclamaron á un tiempo todos los que formaban el consejo de Pitacio; quien, orgulloso de su programa y radiante de júbilo por tales aplausos, repartía apretones de manos á todos sus admiradores. Uno de ellos, discípulo de las musas, no obstante sus cincuenta y pico de años que esconde bajo las canas teñidas y los dientes postizos, llevado del entusiasmo que le causaba la explícita declaración de Pitacio, se alegró, se sintió inspirado, y

tomando un vaso lleno de *charape*, reclamó la atención y dijo recalcando cada una de sus palabras:

«En noche de tal bureo,  
Que enajena el corazón,  
Yo brindo con emoción  
Por la perla de Coeneo.»

Furiosos aplausos resonaron en toda la sala; este brindis abrió el apetito de los otros hijos de Apolo; así es que el mayordomo de Pitacio, empuñando á su vez un vaso que rebosaba *chinguirito*, recitó con su voz de tiple el siguiente:

«Brindo porque llegue el día  
En que Vidaurri severo  
Convierta en puro dinero  
Los cálices y crujía:  
Y también brindo á porfía,  
Porque dentro de un brasero  
Arda nuestro inmundo clero  
Teniendo en medio á Munguía.»

Al tuerto mayordomo siguió un indio de abultado abdomen, cara de mascarón, largas guedejas y disformes anteojos.

« Comamos y bebamos,  
 Robemos sin piedad,  
 Que á todo nos convida  
 La santa libertad.  
 El manto de la patria  
 De hoy más nos cubrirá,  
 Comamos y robemos,  
 Robemos sin piedad,  
 Gritando á todo trance  
 Viva la libertad! »

Pitacio, para no quedarse atrás, y como antes había dicho que también se le entendía algo de poeta, arremetió á un vaso del mismo licor, y dijo:

« Aunque mi talento es vano  
 Y mi mente es un... embrollo,  
 Brindo por el desarrollo  
 De las uñas y la mano.  
 Y aunque ven soy un borrico  
 De aparejo, lazo y reata,  
 Brindo porque no haya plata  
 En las arcas de algún rico.  
 De hoy más todo mi talento  
 Procuraré cultivar  
 Para saber quebrantar

El séptimo mandamiento.  
 Desde hoy son mis intenciones,  
 Para adquirir nombradía,  
 Robar de noche y de día,  
 Aun á los mismos ladrones.  
 Protegeré criminales,  
 Perdonaré desafueros,  
 Y de hoy más, los bandoleros  
 Reirán de los tribunales.  
 Al que mostrare más bríos  
 En robar la hacienda ajena,  
 En lugar de una cadena,  
 Será jefe de los míos.  
 Mano libre para todo  
 En mis dominios tendrá,  
 Y al erario meterá  
 La mano, el brazo y el codo.  
 Robaremos sin piedad,  
 Sin respetar lo que es santo,  
 A bien que nos cubre el manto  
 De la augusta libertad.»

Aquí dió fin el sainete por entonces. Ya se puede figurar el benévolo lector lo que sucedería en aquella ínsula; pero si no se lo figura, yo no le puedo decir por ahora más, porque el tiempo es corto y el manuscrito se acabó.

Haré investigaciones exquisitas para recoger todas las noticias relativas á este Don Quijote y á su denodado escudero; y si Dios me ayuda, que sí me ayudará, porque siempre lo hace con los buenos, pronto emprenderé mis nuevos trabajos de historiador (1).

CIDE HAMETE BERENGENAS.

*México, Mayo de 1860.*

En el mentidero conocí en estos días á un francés de buena edad — si puede alguna vez ser buena la edad entre los veinte y los sesenta — de barba lacia y rubia, color quebrado, cabello escaso y bigote castaño claro por la nicotina. Los pantalones los llevaba con grandes rodilleras, los zapatos cenicientos y sin betún, la camisa denunciaba á legua que no había tenido tratos, siquiera ilícitos, con el jabón, desde mucho tiempo hacía, y el sombrero llevaba una capa de grasa muy respetable.

Pero lo que daba color á aquella fisonomía incolora no era el tinte icterico de la cara del sujeto, ni el cigarrillo que portaba siempre en la mano derecha, ni el junquillo resobado que llevaba en la izquierda; su distintivo consis-

(1) Refiérese á los ameritados liberales D. Santos Degollado y Don Epitacio Huerta. Se reproducen esas páginas como muestra del estado de los ánimos en aquellas épocas de lucha en que se apelaba á todos los medios para denigrar al contrario.—*N. del E.*

tía en el gesto, que quizás dependía de tic nervioso ó quizás de pronunciadísima miopía. Ello es que la impresión era que la piel del rostro le venía chica al gaba-cho, pues si cerraba la boca tenía que entornar los párpados, si abría la boca había de chupar los carrillos ó de inflar la nariz, y si arrugaba la frente ya estaba abriendo los ojos desmesuradamente; y todo con una priesa, con una movilidad, que hacía el efecto de *vieja Inés ó cardillo*.

Llegaba, pedía una taza de café, se recostaba en la mesilla veteadada de negro por las quemaduras de cigarro, sacaba del bolsillo un periódico en francés ó en inglés, y se ponía á leer sin hacer caso de nadie.

Nosotros, muchachos y discutidores por naturaleza, seguíamos con nuestras eternas disputas sin hacer caso del franchute; pero él, luego que se hubo familiarizado



con nosotros (se dan casos de estas intimidaciones que provienen de mirarse sin que los interesados se hayan hablado nunca), se nos acercó y empezó á trabar conversación con nosotros.

¡Qué lengua de maldito y qué noticias se traía! Hablaba bien el español, se preocupaba mucho de los negocios de México, y detestaba al representante de Francia, Mr. Gabriac.

¿Saben ustedes, nos dijo una tarde, que el Ministro francés ha pedido permiso al Gobierno para extraer sin derechos 150.000 pesos, *parte de su capital*? ¿De dónde ha sacado Gabriac esos dinerales? ¡Quién sabe! En nuestra tierra le conocí y era un hidalgüelo sin fortuna; no es probable, pues, que haya traído nada de Francia.

Percibe anualmente 80.000 francos como sueldo; ese dinero lo gasta en su persona, pues ustedes saben que se da la gran vida; pero suponiendo que no lo invirtiera todo en sus gastos personales y de representación, y que ahorrara la mitad, en cinco años que hace está en el puesto podía haber ahorrado 40,000 pesos, á razón de 8.000 cada año.

¿De dónde han salido 110.000 pesos? El diablo lo sepa, aunque yo me barrunto que eso y lo demás ha venido de liberalidades del Gobierno.

¿Que por qué lo aseguro? Por esta carta — y nos mostró un papelillo azul — que escribe el ilustre Gabriac á

*monseñor* Garza y que se encontró Degollado en el palacio del arzobispo en Tacubaya.

Evita le den gracias por los cortos *servicios que ha prestado al país y á las santas iglesias de esta provincia eclesiástica en el desempeño de su misión*; frase que debe traducirse de este modo: «He dejado que arruinen las bandas conservadoras y liberales á los franceses pacíficos sin meter siquiera las manos por ellos; he dado á mi Gobierno informes favorables á los reaccionarios, y he dejado de cumplir con mi deber. Eso he hecho por las santas iglesias de esta provincia eclesiástica, y por eso me pagan con tanta largueza.»

¡Oh, *mon Dieu!* y que esto vea y que esto sufra Achille de Sard, redactor de *Le Propagateur Catholique* y persona venida á México nada más que á defender los sagrados intereses de la religión!

¡Buena anda la religión en tales manos! ¡Conque 150.000 pesos es la mayor parte de su capital! ¿pues cuánto será el resto?

¡Y á él le dan tanto dinero porque haga picardías, y á mí, defensor de los sagrados intereses de la Iglesia, no me dan un real, para mi diario *La Esperanza!*

Otro día llegó con cara de mil demonios; el tic ó lo que fuera se le había aumentado, de manera que no le dejaba en paz ningún músculo del rostro; era cosa de cerrar los ojos para que no los cegara tanta movilidad.

BIBLIOTECA ALFONSO  
UNIVERSITARIA  
M. A. N. H.